

XV (1).

Napoleón III se conmovió profundamente con esos acontecimientos; la emperatriz se mostró tan consternada cuanto colérica, porque se había opuesto á que el infeliz Maximiliano fuese abandonado. Hasta decía con vehemencia.—«El hizo bien en permanecer en México; si yo hubiera estado en su lugar, habría obrado de la misma manera, habría dicho: «Me han abandonado; voy á jugarles una mala pasada». Sin embargo, añadía:—«Hemos cometido faltas, ciertamente; pero no somos los únicos sobre quienes debe pesar la responsabilidad: los Estados Unidos y la corte de Roma deben ayudarnos á soportar tan enorme fardo». Después lloraba y decía:—«Estamos como dentro de una plaza sitiada: no termina aún un asunto desastroso, cuando empieza otro. Si el príncipe imperial tuviese dieciocho años, abdicaríamos».

Los implacables enemigos del imperio no dejaron pasar esta ocasión: buscaron el triunfo en medio del desastre. La discusión del presupuesto había comenzado en el Cuerpo Legislativo. Sin que fuese necesario recurrir á la interpelación, Julio Favre hizo por la centésima vez la historia de la malhadada expedición cuyas nefandas consecuencias había predicho, y terminó: «No he sido el único que he experimentado un dolor profundo al ver que las combinaciones políticas no permitían que se trajese al infeliz archiduque, para que Francia pudiera no tener responsabilidad en el derramamiento de una sangre que al fin ha caído sobre ella (*Ruidosas exclamaciones y protestas. Aplausos no menos ruidosos en los bancos de la izquierda*). Tengo el derecho de decir que en un país libre seríais procesados» (*Nuevas y más vehementes protestas*).

Rouher replicó no menos violentamente: «No puedo menos de protestar con la mayor indignación contra la responsabilidad que se quiere atribuir al gobierno francés en el asesinato que se acaba de cometer en México. Sí, Maximiliano ha sido víctima de una cobarde traición (*Sí, sí, muy bien!*), y cuando ha sido entregado durante su sueño á un enemigo triunfante, éste,

1 Parágrafo formado como el XI del capítulo I.—NOTA DEL TRADUCTOR.

en vez de refrenar su odio para que las pasiones se calmaran, ha recurrido á un proceso á puerta cerrada para que Juárez asesinará al emperador, después de haber hecho que se le traicionara (1). Cuando nos vimos obligados á abandonar á México, hicimos todos los esfuerzos posibles para que, al abrigo del pabellón francés, regresara Maximiliano; pero él no quiso regresar, y tal resolución á nadie ha causado tanto dolor como á nosotros. Lo afirmo con toda la sinceridad de mi alma y de mi conciencia».

Thiers fué menos impetuoso, pero no menos áspero. Según él, la enseñanza principal que debía sacarse de aquel desastre del poder personal, era que «había que restablecer la monarquía constitucional, dentro de la cual cabe tanta libertad como dentro de una república». Y señaló las consecuencias hacendarias y políticas de aquel gigantesco error. «El tesoro ha gastado seiscientos millones, sin contar los trescientos perdidos por los subscriptores del último empréstito. En el Nuevo Mundo nuestro prestigio ha sufrido grave menoscabo, y Francia ya no inspira el saludable temor que inspiraba. La raza anglosajona, cuya expansión se quería detener, ha triunfado, y nosotros mismos nos vemos hoy obligados á desear que invada á México, para que nos venga de ofensas que no podemos vengar, de la desdicha de nuestros conciudadanos. El año pasado, no hay que forjarnos ilusiones, la situación de Europa ha sido modificada profundamente. Una de las más grandes revoluciones que han transformado al mundo, se ha verificado en Alemania. En tan solemne momento, habríamos sido necesario tener los brazos libres..... Oh! bien sé que, á pesar de la expedición de México, si Francia hubiese querido, habría podido, con su poderosa voluntad, con la fuerza de que siempre podrá disponer, hacerse escuchar, pronunciar palabras decisivas. Pero no hay que negar que esa expedición ha pesado con enorme peso en la balanza de los acontecimientos europeos del año pasado. Porque no se trataba sólo de los treinta mil hombres que se encontraban ocupados en México; porque, si reflexionáis en los detalles de la administración militar, sabréis que esos treinta mil hombres nos causaban embarazos enormes, que no estaban en

1 Ya ha podido verse por mi relato anterior, que todos estos asertos son contrarios á los hechos.—NOTA DEL AUTOR.

relación con ese número; que nuestra artillería estaba desorganizada; que nuestro efectivo había descendido á una cifra lamentable; que los cuadros, desgraciadamente destruidos, lo han sido para compensar una parte de los gastos de México».

Jamás Rouher se había encontrado en situación tan difícil. Pero en esas situaciones desplegaba todas sus poderosas facultades de abogado elocuente. No retrocedió ante ninguna objeción. «El gasto, dijo, no ha sido de seiscientos millones, sino de trescientos. Cuanto al prestigio de Francia, no ha sufrido menoscabo. ¿Sabéis por qué? Porque en los cuatro años transcurridos, jamás, de una manera seria, nuestro pabellón ha estado comprometido. Hemos recorrido ese inmenso territorio en pequeños destacamentos, encontrando siempre un número superior de enemigos, y en cien combates hemos salido vencedores de las bandas agresoras (*Si, sí, muy bien! muy bien!*). La América central y la del sur han sido testigos de ese valor heroico y de esa abnegación. Ya saben lo que valen nuestros soldados. Cuando nos han visto abandonar las playas mexicanas, han comprendido que las abandonábamos en la plenitud de nuestra fuerza y de nuestra grandeza. Por eso, los que por algunos instantes nos habían afrontado, se mantuvieron después lejos de nuestros soldados, hasta que el último de ellos salió de Veracruz (*Muy bien! Muy bien!*). La expedición de México no ha pesado en las determinaciones del gobierno respecto de los acontecimientos de Alemania. Porque sólo veintidós mil hombres estaban lejos de Francia y esos veintidós mil hombres no disponían más que de un material que representaba apenas, el valor de los caballos inclusive, una suma de veinte millones. Si el gobierno hubiese creído comprometido el honor del país en la cuestión alemana, habría podido hacer frente á todos los acontecimientos (*Asentimiento general*). ¿Qué hemos fracasado? Sí; pero no se necesitaba esa prueba para demostrar la falibilidad humana, para convencerse de que son engañosas las más justas, las mejor estudiadas combinaciones concebidas por los hombres, para saber cuán misteriosos son los designios de la Providencia, que aplaza á veces la hora de la expiación, de la justicia y del castigo (*Muy bien! muy bien!*). Mas ¿qué habríais dicho si la fortuna hubiese seguido sonriéndonos? ¿Acaso no hubiera sido un título solemne á la gratitud de la posteridad, haber reconquistado esa nación, para

volverla en sí, librándola por siempre de la guerra civil y de la anarquía? Dios no lo ha querido: respetemos sus decretos».

El mariscal Vaillant escribió en su libro de memorias (10 de julio de 1867): «Consejo de ministros. La violencia de las discusiones del Cuerpo Legislativo pesa con enorme pesadumbre sobre el ánimo del emperador y de la emperatriz. El emperador ha hablado de celebrar en Nuestra Señora una gran ceremonia fúnebre. Se le ha disuadido con gran trabajo de llevar al cabo ese proyecto, que se ha convertido en misas que se dirán en todas las iglesias».

FIN